

ejemplos de la caridad y las prendas de nuestra esperanza? ¡Pero qué mérito no añade á esta devoción la protección que obtenemos de María por la meditación diaria de sus misterios y de los de su divino Hijo!

Deshojemos, pues, H. M.. muy á menudo, deshojemos esa magnífica corona de rosas en honor de María. Quienes quiera que seamos, repitamos muchas veces esta oración, que la colma de alegría: «¡Dios te salve, María!» La sonrisa de nuestra Madre responderá siempre á nuestras oraciones, y sus virtudes, como un perfume, descenderán á nuestro corazón para fortificarle y llenarle de aromas. Y como se decía ingenuamente en la Edad Media, María cogerá en nuestros labios una rosa fresca y pura cada vez que se abran para decir: *¡Ave María!* Y no temamos que la repetición de la misma plegaria sea molesta á su corazón; una reina jamás se cansa de oír los mil y mil vivas que la saludan á su tránsito; una madre jamás se cansa de oír decir á sus hijos que es hermosa y buena, que la aman y la veneran; porque, como se ha dicho perfectamente, el amor no tiene más que una palabra, y al decirlo continuamente, no la repite jamás.

SOUAILLARD.

## INSTRUCCIÓN FAMILIAR.

### PLAN.

**PRIMERA CONSIDERACIÓN.**—La devoción del Rosario es venerable en su origen.

SUBDIVISIONES.—1. Antigüedad de este origen.—2. De su institución regular.

**SEGUNDA CONSIDERACIÓN.**—Esta devoción es santa en su objeto.

SUBDIVISIONES.—1. Ella glorifica á Jesucristo.—2. Ella honra á María.—3. Ella santifica nuestras almas.

**TERCERA CONSIDERACIÓN.**—Esta devoción es edificante en su práctica.

SUBDIVISIONES.—1. Ella no es monótona.—2. Ella produce frutos de salud.

*Ave María.*  
Dios te salve, María.

ENTRE las prácticas de devoción que tienen relación con el culto de María, hay, M. A. O., una graciosa, sumamente popular, universal, que debe atraer particularmente nuestra atención; hablo de la recitación del Rosario. Esta devoción es, sin duda, familiar para vosotros; pero hoy, al procurar que la conozcáis mejor, trato de excitaros á que la estiméis más y la practiquéis con mayor exactitud. Y para conseguirlo, os demostraré que la devoción del Rosario es: 1.º *Venerable en su origen*; 2.º *Santa en su objeto*; 3.º *Edificante en su práctica*.

AVE MARÍA.

### PRIMERA CONSIDERACIÓN.

ESTA DEVOCIÓN ES VENERABLE EN SU ORIGEN.

El origen del Rosario es, en primer lugar, venerable á causa de su antigüedad. Siempre, H. M., que es universalmente seguida en la Iglesia una práctica de devoción, y que produce en ella frutos abundantes de salud y de vida, puede asegurarse que tiene raíces profundas en lo pasado, y que, para encontrar su principio, hay que remontarse ordinariamente mucho más arriba de su institución. Se parece

á aquellos árboles seculares que elevan tanto más alto sus copas y sus frutos por los aires, cuanto han internado más profundamente sus raíces en las entrañas de la tierra para tomar de ella la fecunda savia que los alimenta.

Para descubrir la primera huella de la devoción del Rosario, hay que remontarse á los tiempos gloriosos, á aquellos tiempos de heróica memoria en que la Iglesia, apenas naciente, era diezmada por el hierro de las persecuciones. Los historiadores de aquellos primeros tiempos nos cuentan que en la época de las persecuciones de los Nerones y Dioclecianos, cuando la profesión de la fé cristiana era un preludio y segura prenda del martirio, los primeros cristianos, santamente celosos de imitar el sacrificio y la inmolación de nuestro Divino Salvador Jesucristo, iban á la muerte con entusiasmo, y se presentaban adornados como para un día de fiesta, en la sangrienta arena de los anfiteatros de los Césares. Entonces, como siempre ha acontecido después, la pureza y la inocencia se presentaban valerosas en el lugar del combate: y el heroísmo de las jóvenes doncellas en presencia del suplicio, excede á todo lo más admirable y más noble que nos ha dejado la memoria de los tiempos gloriosos. Aquellas jóvenes doncellas marchaban al martirio vestidas de blanco, tierno símbolo de su inocencia; sobre este vestido blanco llevaban un manto azul, cuyo color celeste y real á la vez era el emblema de su poder, y la piadosa tradición añade que sus largos cabellos estaban enlazados en la frente por una corona de granos de coral que les servía al mismo tiempo de redecilla y de adorno: vestido sencillo, en verdad, modesto y glorioso á la vez, vestido de la última fiesta, que era el adorno nupcial de estas castas esposas de Jesucristo, dispuestas para espirar en el potro, ó para ser desgarradas por los dientes de los tigres y leones. El día en que tenían lugar estas sangrientas ejecuciones, era para todos los cristianos un día de gloria al par que de luto. Retirábanse á las profundas catacumbas, y allí oraban por los mártires que iban á ser sacrificados. Pero por la noche, algunas santas mujeres salían de estos subterráneos profundos á favor de las sombras, y compraban á precio de oro de los soldados que guardaban la puerta del anfiteatro, el permiso de entrar en la desierta arena; después recogían con religioso cuidado las santas reliquias de los mártires para darlas honrosa sepultura, enjugaban cuidadosamente el suelo embebido con su sangre, y algunas veces acontecía encontrar largas trenzas de cabellos ensangrentados, que conservaban todavía enlazadas las piadosas coronas de granos de coral. Entonces, dicen los historiadores, ellas recogían tan piadoso tesoro y lo llevaban á las catacumbas, se colgaban estas coronas en las columnas del sagrado templo, y acontecía á menudo que eran distribuidas á los fieles. La tradición añade, que las almas piadosas contaban sobre estas coronas tantas oraciones como granos tenían. Ahí tenéis, H. M., evidentemente el primitivo origen del Rosario. No puede tenerlo más santo ni más tierno, y á decir verdad, ni más gracioso, ni más poético.

No seguiré ahora las diversas huellas que ha dejado esa bella devoción á través de la oscuridad de las edades. Todos los escritores sagrados convienen en decir que, desde el siglo I, la piedad de los fieles hacia María debía imponerse ó por voto, ó por cualquiera otro motivo, un cierto número de saluciones dirigidas á la Reina de los Cielos. Sea como quiera, el honor de esta institución, tal como hoy se practica, se remonta al bienaventurado Santo Domingo.

Es preciso decir la ocasión en que fué instituido el Rosario por este gran Santo.

Era al principio del siglo XIII. La Iglesia, desgarrada por la herejía de los siglos precedentes, comenzaba á reparar sus pérdidas, á cicatrizar sus llagas; pero estaba dolorosamente afligida por la indiferencia de un gran número de cristianos de aquel tiempo, cuyo crimen consistía muchas veces sólo en la ignorancia, pero que, á causa de esta ignorancia profunda, se dejaban ganar por los sectarios de la herejía. Las prescripciones de la disciplina estaban relajadas en todas partes, y la Iglesia gemía profundamente en medio de todos estos dolores, cuando Dios envió á un hombre de genio, á un gran Santo, á uno de esos vasos de elección que traen á la Iglesia auxilios iguales á sus necesidades. Ese hombre fué Santo Domingo. No sólo fué el honor de la Iglesia y la gloria del cristianismo, sino que fué también el hombre más grande de su siglo. Comprendiendo Santo Domingo que Dios se sirve de los instrumentos más débiles, de los medios más humildes para obrar las cosas más grandes, había concebido el proyecto de formar una especie de cruzada de predicación para confundir la herejía y despertar á los cristianos de la profunda indiferencia en que estaban sepultados. Resolvió, para ser ayudado con el auxilio del Cielo en tan piadosa empresa, prescribir á los fieles la recitación de algunas oraciones dirigidas á María, y quiso que cada una de estas oraciones fuese acompañada de la meditación de un misterio que se relacionase al mismo tiempo con la vida de nuestro Divino Salvador y con la de la Santísima Virgen. El número de estas oraciones fué fijo: una decena de saluciones angélicas dirigidas á la Reina de los Cielos y repetidas quince veces durante la meditación de los misterios gozosos, dolorosos y gloriosos de María. Esta devoción fué llamada desde luego *el Rosario*, sea, nos dice un piadoso escritor, porque María es la rosa mística que llena la Iglesia de perfumes de la más pura suavidad; sea, en efecto, porque esta colección de misterios cual un jardín de rosales exhalaba los más agradables aromas (1).

Tal es el origen del Rosario, tales las huellas que dejó en lo pasado, tal es la fecha y el objeto de su institución.

(1) Más adelante esta devoción fué llamada por los franceses *chapelet*, de una antigua palabra francesa, *chap-l*, de donde resultó *chapeau*, palabra que entonces significaba corona ó diadema; de suerte que lo que los franceses llaman *chapelet* es equivalente para nosotros á corona, diadema, es decir, que es como la corona, la diadema de María.

## SEGUNDA CONSIDERACIÓN.

ESTA DEVOCIÓN ES SANTA EN SU OBJETO.

Ya veis, H. M., que esta devoción tan venerable en su origen es también santa en su objeto. Santo Domingo se proponía grabar profundamente en la memoria de los fieles el pensamiento de los santos misterios de nuestra Redención; quería que esta meditación desenvolvese á cada instante en su alma pensamientos de regreso hacia Dios y de confianza en su misericordia infinita; quería, sobre todo, por la meditación de esos grandes misterios, nutrir el espíritu y cautivar fácilmente la atención, que se hubiera tal vez fatigado sin esto continuando y repitiendo la misma oración. De suerte, H. M., que, para responder á la intención del santo Fundador y al espíritu de la Iglesia, que se apresuró á adoptar su institución, cuando recitamos el Rosario nos debemos proponer tres cosas: *glorificar* á Jesucristo, *honrar* á María y *santificar* nuestra alma.

Glorificar á Jesucristo: al recitar esta oración nosotros unimos nuestra voz á la gran voz de la Iglesia, que glorifica á su Jefe divino. Y ¿podríamos, H. M., glorificarle mejor que por la meditación de los grandes misterios que han distinguido su vida en este mundo? La recitación del Rosario nos conduce sucesivamente por el pensamiento, al mismo tiempo que nuestra palabra piadosa pronuncia la santa plegaria, á los diferentes teatros donde se han cumplido los gloriosos misterios de nuestra Redención.

Vemos desde un principio á María, humilde, modesta y piadosa en el humilde retiro de Nazareth, en el momento en que el Arcángel Gabriel, mensajero de una magnífica nueva, viene á decirle que está llamada á la dignidad eminente de Madre de Dios. Nosotros la contemplamos en su recogimiento, en su abnegación, en su obediencia; después la seguimos paso á paso al templo, donde, sometándose á la ley, va á purificarse como las mujeres de Israel, como si ella hubiera contraído sus manchas. La vemos después en el templo de Jerusalén, donde vuelve á encontrar á su divino Hijo transcurridos tres días de largas averiguaciones. Luego meditamos los misterios dolorosos donde su corazón maternal ha pasado por todos los tormentos: vemos á su divino Hijo en el huerto de los Olivos; más tarde le miramos bajo los sangrientos golpes de la flagelación; y, aunque el Evangelio nada diga, su Santísima Madre estaba allí presente á ese espectáculo doloroso. Ella vió á su divino Hijo con la corona de espinas que martirizaban su frente; ella le vió puesto en parangón con viles malhechores, sin poder llegar hasta El para apretarle contra su seno y salvarle de tanta ignominia; pero ella lo ha visto todo, lo ha oído todo, lo ha

sufrido todo. La Madre no sucumbió á sus dolores, porque el amor es más vigoroso que la muerte.

Después de sus dolores, la vemos transfigurada en la gloria; la contemplamos en su lecho, donde muere mucho menos por la enfermedad de la edad y la violencia de sus dolores, que por la violencia de su deseo y de su amor, para reunirse á su divino Hijo. Allí la contemplamos sentada sobre su trono de gloria donde reina en el más alto de los cielos. En fin, cada una de estas meditaciones nos une á María, nos identifica con ella, hace participar á nuestra vida de su vida por la misteriosa esencia de la oración y de la bendición.

¡Oh! H. M., practicad con piedad y amor, durante este mes consagrado á María, la piadosa devoción del Rosario; llevad siempre con vosotros la santa corona de María, y por la noche, en las horas del recogimiento y de la oración, y aquí en este santo templo, en el momento en que nos reunimos para venerar á María, para honrar todos sus misterios, rezad esta santa oración. Sed fieles á esta práctica, no os separéis jamás de ella, diga lo que quiera el mundo, y aunque á veces deje caer una sonrisa casi desdeñosa sobre lo que llama humildad, simplicidad, monotonía de semejante devoción. ¡Sí! hay hasta algunos fieles que acusan de monótona la devoción del Rosario y la continuidad de las mismas oraciones. Voy, pues, á demostraros en el momento cuán sublime, cuán gloriosa y qué sentido tan profundo expresa esta monotonía.

## TERCERA CONSIDERACIÓN.

ESTA DEVOCIÓN ES EDIFICANTE EN SU PRÁCTICA.

Admito de buen grado que esta devoción sea monótona; y digo que á ser cierto, habría que reconocer que esta oración tenía una gracia más, porque su monotonía sería el lenguaje de la humildad. El orgullo, H. M., es un veneno muy sutil, y este veneno sutil podría fácilmente resbalar hasta en nuestras oraciones, si nos fuera permitido variar constantemente sus fórmulas. El espíritu, demasiado atento á la variedad del lenguaje, aplicaría todos los días nuevas fórmulas, todos los días diversas, todos los días multiplicadas en la misma oración; y podría fácilmente extraviarse en los pensamientos, podría distraer el corazón de su oración; y entonces el cristiano no oraría sinó con los labios, y su espíritu y su corazón flotarían en una especie de océano de vanidad. ¡Oh! Prefiero que el cristiano se vea obligado á tomar del Espíritu Santo, no solamente la inspiración de la oración, sinó también hasta el acento, hasta la fórmula que la consagra, porque entonces la oración es suplicante, es el testimonio

y la expresión de una indignancia profunda, y la oración humilde y suplicante es siempre escuchada.

¡Pero nó! H. M., me apresuro á decíroslo: esta oración no es monótona. ¿Y sabéis por qué? Porque es el lenguaje del amor, y el amor no es jamás monótono en la uniformidad de sus expresiones. ¡Ah! H. M., el amor es la voz del corazón, y el corazón no habla como el entendimiento. El entendimiento puede ser infinitamente variado en su lenguaje, el corazón nó. Su lenguaje es necesariamente tan limitado, como sus sentimientos son infinitos. Pero el amor es adorable hasta en sus eternas repeticiones. Mas ¿qué digo, á qué hablo de repeticiones? ¡Ah, H. M.! sin duda estoy calumniando al amor; ciertamente, si es limitado en sus términos, es infinito en sus sentimientos, tan infinito, que la palabra humana sería impotente para traducirlos y para expresarlos. La palabra del hombre es demasiado pobre, demasiado limitada, demasiado fugitiva para traducir las expresiones diversas, los delicados matices prodigiosamente multiplicados de sus sentimientos. Por eso el amor la desdeña y no la quiere; ó bien, pues que necesita una expresión cualquiera, pide prestada una palabra: ¡Yo os amo! ¡Y diciendo siempre esta palabra, el amor no la repite jamás!

Así, H. M., esta expresión de amor y de piedad: «¡Yo os saludo, María!» esta expresión, aún cuando la repitiera el cristiano mil veces, siempre le daría un acento nuevo; aún cuando la repitiera mil veces, todos los días sería la expresión de un sentimiento más tierno y más devoto. ¡Oh tinte infinito, matiz delicado de nuestros meditativos éxtasis; oh fibras secretas de nuestra alma, que escapáis de toda investigación, de todo análisis! ¡Oh, onda de amor, que os extendéis como un torrente que cae gota á gota de nuestro corazón, como el agua pura que destila la roca! ¡Oh sentimiento infinito! No poseéis más que una fórmula, más que una expresión siempre repetida y siempre nueva. Sí. ¡Es siempre una devoción nueva, aún cuando nosotros repetimos la misma palabra! «¡Yo os saludo, María!»

H. M., ¿esta oración es monótona! ¿Y no sabéis que nuestro Divino Salvador Jesucristo, en aquel momento solemne en que oró por el mundo, y en que su oración, dice el Apóstol, fué escuchada porque estaba acompañada de gemidos tan dolorosos y de tales lamentos, que el oído del Altísimo no pudo permanecer insensible, repitió por tres veces el mismo ruego? Esta repetición, aunque es el lenguaje del amor, es también el lenguaje del dolor. El alma, para expresar alegría, lo mismo que para expresar dolor, no tiene más que una manera. El lenguaje del dolor es el del amor, y es también el lenguaje de la gloria. Decidme, ¿no sabéis que los Angeles en el Cielo, para glorificar á Dios tres veces Santo, repiten constantemente esas palabras solemnes de que habla la Escritura: «¡Santo, Santo, Santo es el Dios de los ejércitos!» ¿No repiten constantemente ese mismo *Hosanna*, ese himno sin fin? ¿No se lo envían las unas á las otras esas miríadas de legiones, repitiéndole sin cesar á todos los ecos del

Cielo y de la eternidad? Este, que es el lenguaje de la gloria, es también el lenguaje de la naturaleza. ¿Qué hay más variado que la naturaleza en los frutos que produce y las flores de que se adorna? Y, sin embargo, para glorificar al Dios que le ha creado, ¿no reproduce regularmente las mismas estaciones? Este es el lenguaje del firmamento. Esos innumerables astros que ha sembrado Dios en el espacio con su mano soberana; esos astros que describen curvas inmensas, ¿no siguen siempre el mismo camino, y con su regularidad, su docilidad uniforme y con la monótona repetición de su curso, no glorifican al Dios que los ha creado?

Cuando veo, H. M., este acuerdo uniforme; cuando veo esta repetición de la misma alabanza, de la misma glorificación, me inclino ante un misterio que no comprendo. Estoy seguro que la devoción del Rosario, aún en su repetición, en su monotonía y á causa de eso mismo, encierra un notable misterio que no podemos comprender, pero que nos indican todas esas maravillas que acabo de enumerar. Así que, H. M., ¿cuánto honra á la Iglesia esta devoción del Rosario; cuántos frutos de salud y de vida alcanzan de ella los que son fieles en practicarla! La Iglesia ha querido hacer del Rosario la señal del sacrificio de las almas fieles que se consagran á Dios separándose para siempre del mundo. ¡Sí! El Rosario brilla en el modesto sayal de la humilde hija de la caridad, de la humilde hija de San Vicente de Paul; compone todo su modesto adorno, y constituye la única indemnización, la única compensación que Dios la ha dejado después del desempeño de la caridad. El Rosario brilla en el bordón del peregrino, en la cintura de los humildes religiosos que á través de lejanos países van á llevar la civilización, el Evangelio y la salud bajo la hucha ó cabaña del pobre salvaje. El Rosario es el libro del ciego, cuyos ojos físicos están cerrados para siempre á la luz del día, pero cuyas miradas espirituales están abiertas á los misterios de la vida eterna. El Rosario es el libro del pobre, el libro del trabajador, á quien la indignancia ó el trabajo no han permitido aprender las letras, que son los signos del pensamiento humano. Es el libro de la rústica aldeana de la campiña, que va á guardar su ganado á la orilla del bosque. Es el libro del enfermo que se consuela en su lecho de padecimientos invocando á María. Es el libro de la ancianidad, cuyos ojos se cierran más y más cada día á las realidades de este mundo para abrirse bien pronto á los resplandores de la eternidad. Es el libro de la tarde, de la noche, cuando los ojos no pueden fijar ya la atención del espíritu en ninguna lectura. Además, el Rosario es también el piadoso libro que derrama esa luz sobrenatural, que ahuyenta los malos pensamientos, los espíritus de tinieblas, y las influencias malignas de que habla el Apóstol, y que nos vienen de los espíritus que viven en los aires. Este es el libro del sabio; pues no creáis que sea exclusivamente libro de los ignorantes. Decidme, ¿quién está más realmente instruido, el sabio que concentra toda su atención, todos sus esfuerzos, todas sus investigaciones en estudiar un grano

de arena que le ocupa años enteros, ó el humilde cristiano que se eleva por medio del pensamiento al mundo infinito, donde le son revelados con la ayuda de la antorcha de la fe los misterios de la vida divina? ¿Cuál es el alma más ilustrada, la que se encierra en el estrecho límite de la ciencia humana, ó la que se desenvuelve y dilata en el infinito de la ciencia divina? ¡Ah! éste es mucho más instruido, éste es el único realmente sabio, que posee la verdadera ciencia, que conoce y posee la ciencia de Dios. Cuanto más desarrollada está la inteligencia, tanto más claro hablan los Libros Santos á nuestro espíritu revelándole nuevas verdades; tantas más luces misteriosas comunica la devoción del Rosario al que la practica piadosamente, inspirándole santas revelaciones sobre Dios, sobre la vida eterna y sobre el infinito. Ella desenvuelve en nosotros maravillosamente las santas claridades de la fe.

Oh, H. M., llevad siempre con vosotros, tened siempre en vuestras manos, y más aún en vuestro corazón, el Rosario, esa piadosa devoción que es la señal de la pureza de las vírgenes, de la fidelidad de las esposas, de la ternura de las madres, que es el libro de todas las edades, el libro de toda la vida. El que sabe leer en este libro misterioso, no morirá porque quedará salvo por María.

Dejadme, H. M., que al concluir os cite un ejemplo muy notable de la fidelidad á la devoción del Rosario. Uno de los artistas más grandes del siglo último, uno de los más sabios compositores que han existido jamás aún en los pasados siglos, el ilustre Gluck, profesor de canto de María Antonieta, era fiel en rezar el Rosario. Evidentemente esta devoción le libertó durante su larga y brillante carrera del contagio del espíritu filosófico y religioso de la sociedad en que se vió obligado á vivir constantemente. El célebre compositor, el ilustre Gluck, como la mayor parte de los grandes artistas, había aprendido los primeros elementos de su arte bajo las bóvedas de una antigua catedral. Fué infante de coro en su infancia. «Era, dice el historiador de su vida, un niño enfermizo, pálido, delicado, que sus pobres padres vinieron un día á presentar al preboste de la catedral de Viena para que fuera admitido en el número de los infantes que cantaban las alabanzas del Señor. El infante estaba tan felizmente dotado en cuanto al espíritu y al corazón, como bajo el aspecto de la piedad. Su voz era tan admirablemente hermosa, tenía una expresión tan ingenua y tan pura, que cuando cantaba, se llenaba la catedral de una muchedumbre inmensa que le escuchaba enajenada. Verdad es que era imposible desconocer en ella la expresión de un alma profundamente religiosa. Así que, se iba engrandeciendo en el arte tanto como en la piedad, y muchas veces, durante las ceremonias religiosas, cuando el órgano llenaba las bóvedas con sus santas melodías, el infante estaba algunas veces tan conmovido que se le veía derramar lágrimas. Muchas veces, durante las horas de recreo, mientras sus jóvenes compañeros se entregaban á juegos inocentes, se le había sorprendido solo, orando y como soñando, en la iglesia desierta. En las horas de

la tarde, cuando los rayos del Poniente sembraban sobre las vidrieras del santuario las esmeraldas de los vidrios, el infante, prosternado al pié del Tabernáculo, meditaba y oraba. Un día, en que cantó mejor que de ordinario una antifona á María, en el momento que salía de la iglesia, le detuvo un religioso, y con los ojos húmedos todavía de lágrimas, lo estrechó entre sus brazos diciéndole: «¡Oh, hijo mío, hoy me habéis hecho derramar las más deliciosas lágrimas que he vertido en mi vida, y por desgracia nada tengo para daros en prenda de mi arrobamiento; pero tomad ese Rosario y conservadle en memoria del hermano Anselmo. Rezadle todos los días, al menos en parte, y, si sois fiel á esta práctica, seréis tan querido de Dios, que llegará evidentemente un día en que seréis grande entre los hombres!» Gluck fué fiel en rezar su Rosario. Su familia era tan pobre que no tenía medios para dejarle continuar sus estudios. Pero el infante no se abatió. El joven perseveró en su piadosa práctica. Una tarde llamaron á la puerta de su pobre morada: era un célebre maestro de capilla que, habiendo llevado el encargo de ir á recoger á Italia las obras de Palestrina, le llevó consigo, y se encargó de continuar sus estudios tan felizmente comenzados. Desde entonces Gluck marchó á grandes pasos en la carrera de las artes; pero no cesó de ser fiel á los consejos de la Religión, á las prácticas de piedad. En la corte de Viena, en esa corte tan poco religiosa entonces, en medio de las alegrías, de los entretenimientos y de los placeres, se veía al ilustre compositor alejarse todas las tardes; y como lo hubiera hecho un sacerdote para recitar su breviario, él buscaba la soledad para rezar el Rosario piadosamente. Cuando la muerte, después de una larga y gloriosa vida, vino, por decirlo así, á herirle, le halló preparado. Aún tenía en la mano el pobre y precioso Rosario del hermano Anselmo: nunca lo había abandonado y lo había rezado algún tiempo antes de morir.

¡Dichoso el que es fiel á María; María le será siempre fiel! ¡Dichoso el que ama á María, porque será siempre amado de ella! ¡Oh, H. M., cuánta sublimidad, cuánta grandeza nos revelan estas consideraciones tan sencillas, porque en la Religión todo es igualmente sencillo y grande! Prosternémonos á los pies de María; pidámosle la gracia de rezar todos los días una parte de su Rosario, de hacerlo con piedad, con fe y con amor, y María no nos abandonará. Y si nosotros tenemos su Corona en nuestras manos; si es prenda querida para nuestro corazón durante nuestra vida mortal, preciso será que ella la coloque en nuestra frente el día de las eternas recompensas. Así sea.

BRUNET.